

GAETANO SAVATTERI

Los sicilianos


melusina

LOS HECHOS SON UNA COSA, EL DISCURSO OTRA

Los sicilianos. De uno en uno son simpáticos.

Vitaliano Brancati y Leo Longanesi

Nosotros los sicilianos somos antipáticos.

Leonardo Sciascia

MUCHOS SOSTIENEN que Sicilia es una isla. Lo afirman los navegantes, los mapas, las fotos que toman los satélites. Puede que así sea, pero no está tan claro. Acaso Sicilia, como isla, no exista. Puede que sea una isla otra, una isla anómala. Dudas y sospechas que también alimenta Gesualdo Bufalino, en *La luz y el luto*: «Los atlas dicen que Sicilia es una isla y debe de ser verdad, los atlas son libros de honor. Pero entran ganas de dudarle al pensar que, al concepto de isla, suele corresponder un grumo compacto de raza y costumbres, mientras que aquí todo está mezclado, es cambiante, contradictorio, como en el más variado de los continentes. Es cierto que las Sicilias son muchas, nunca acabaré de contarlas».

En el intento de censar las islas que conviven —o chocan— en la isla más grande del Mediterráneo, Bufalino anotaba: «Cada siciliano es, de hecho, una irrepetible ambigüedad psicológica y moral. Igual que la isla, que es una mezcla de luto y de luz. Allí donde el luto es más negro, la luz es más flagrante y hace que la muerte parezca más aceptable». Inclu-

so la raíz común de los sicilianos, su esencia, siempre se encuentra «suspendida entre el mito y el sofisma, entre el cálculo y la demencia; siempre dispuesta a dar un vuelco y convertirse en su contrario, como una imagen que se reflejara invertida en la ironía de un espejo».

Absoluto y contradicciones, duplicidad y soledad. Todo intento de hablar de Sicilia, cosa que a los sicilianos les encanta hacer entre sí y con los demás, acaba dando cuenta de esta isla plural, que contiene en sí misma paisajes, estratificaciones históricas, costumbres, incrustaciones dialectales que se refieren a extremos aparentemente opuestos pero a menudo coincidentes. La tierra del blanco y del negro (o de la luz y el luto, por seguir citando a Gesualdo Bufalino) es así el lugar de la zona gris, del delgado umbral en que se superponen la vida y la muerte, el heroísmo y la mezquindad, la locura y la razón. Éste podría no ser nada más que un ejercicio estéril del pensamiento extenuado, pero aun así Sicilia seguiría siendo la tierra en la que hace dos mil quinientos años un filósofo de Leontino llamado Gorgias trabajó para demostrar que ninguna realidad existe y que, aunque existiera, sería incognoscible y aún incomunicable. Hace dos milenios y medio, Empédocles de Agrigento explicaba que el caos de los cuatro elementos fundamentales —tierra, agua, aire y fuego— se compone según las fuerzas contrapuestas del odio y el amor.

El largo silencio que siempre acompañó la vida de Sicilia ha sido redimido, desde la unificación de Italia, por una atención en ocasiones morbosa y en otras preconcebida de escritores, intelectuales, historiadores, políticos, periodistas, magistrados. Todo intento de escribir sobre Sicilia y los sicilianos se convierte así en una relectura que antepone éste o aquel aspecto.

Esta historia atraviesa más de ciento cuarenta años, especialmente desde el momento en que Sicilia fue descubierta por el resto de Italia, transformándose rápidamente en «caso»

o «fenómeno», o más sencillamente en el «problema Sicilia». Esta historia quiere avanzar como un péndulo que la recorra a lo largo y a lo ancho, para dibujar un mapa de vicisitudes humanas e históricas que escenifique el sentido de esa pluralidad. Si Sicilia es más realidad, cada siciliano —como escribía Leonardo Sciascia— es una isla, «la isla-individuo», dentro del sistema de islas: «la isla-provincia», «la isla-pueblo», «la isla-familia». Hay recorridos humanos que reflejan una sola polaridad, a veces de manera maniqueísta y uniforme, con sólida coherencia y unidad. Pero hay sicilianos que han expresado, con sus gestos y comportamientos, la misma variedad que Sicilia expone a la mirada; arquetipos de ambigüedad, muestras de equilibrio moral, maestros en el arte de conciliar lo inconciliable.

Con una imagen que se adscribe a su fraseo barroco, Vitaliano Brancati describe una isla batida por dos vientos opuestos, uno que sopla desde el norte («el viento de Londres, de Leningrado, de París») y otro que viene del sur («trae el bochorno ecuatorial: las palmeras crecen; en algún huerto arraigan los dátiles»). «Como estos dos vientos», afirmaba en 1929 el autor del *Bello Antonio*, «una corriente alterna de pensamiento atraviesa Sicilia: una, europea, refinada, desciende; la otra, bárbara, africana, asciende. Algunas veces los efectos de estas dos corrientes se han anulado recíprocamente. Pero a menudo se han integrado e iluminado mutuamente». Con la aceleración típica de su prosa, Brancati concluye que, bajo esta doble y opuesta influencia, «la inteligencia siciliana ha adquirido una facultad de comprender que ningún europeo y ningún africano han tenido jamás. Igual que en un país de frontera se hablan las lenguas de los pueblos limítrofes, en Sicilia se comprenden y hablan los dos lenguajes más solemnes de la tierra: el lenguaje rápido y nervioso de la civilización refinada y el otro sencillo y lento de la humanidad primitiva que, desnuda, vive entre el desierto y la selva».

La duplicidad como riqueza, por lo tanto. El conocimiento de los excesos como gonzúa del espíritu, algo así como un código aplicable en todas las latitudes para interpretar el alma humana. «La inteligencia siciliana, cultivada según estas dos formas del pensamiento, tiene una luz que ningún otro pueblo posee», sigue Brancati. «Todo lo que se podía comprender, aquí se comprende. No hay enigma del espíritu, humanamente resoluble, que un humilde siciliano no pueda desentrañar».

Por lo tanto, un examen de lo humano que quiere tomar en consideración unos episodios y unas historias que dan concreción al universo variado de Sicilia, para mostrar sus obsesiones y sus fobias, las mismas que arrollan al Gengè Moscarda de Luigi Pirandello cuando, frente a un espejo, se precipita en ese vértigo del que saldrá descompuesto en uno, ninguno y cien mil; un muestrario del que los sicilianos se desprenden como un pueblo complejo y disperso en las marcas de sudor de sus rostros cambiantes, aquejado de antiguos vicios y atroz por sus culpas, siempre en vilo entre el ser y el deber ser, obsesionado por sí mismo y por la imagen de sí mismo. Puede que contar a los sicilianos sea imposible o, sencillamente, inútil. Alguien decía que se es como se es. Pero la cuestión, vieja y consunta, es siempre la misma, la que con tormento se planteaba Sciascia, parafraseando a Montesquieu: «¿Cómo se puede ser siciliano?». Una pregunta repetida con atención, estupor, rabia o sospecha. Y que impone una sola respuesta posible: «Con muchas dificultades».